



APUNTES PARA LA HISTORIA DEL CAÑAR



Casa de la señora Eufemia Pozo en el centro de Azogues a comienzos de siglo.

Archivo Flia Carrasco-Valdiviezo

**APUNTES PARA LA HISTORIA
DEL CAÑAR**

**Memorias de la XV Jornadas
de Historia Social - 1992
Colección Identidad**

**Director Ejecutivo:
Eugenio Cabrera Merchán**

**Comité Editorial:
Eugenio Cabrera Merchán
Patricio Sandoval S.
Jenny Londoño**

**Coordinación de Difusión:
V́ctor Manuel Guzmán**

**Diagramación:
Wilfrido Acosta Pineda**

**Levantamiento de textos:
Nelly Jiménez V.**

**Impresión:
Washington Padilla
Valentín Medina
Henry Pérez**

**AUSPICIAN:
Sociedad de Amigos de la Genealogía
Subsecretaría de Cultura**

**Impreso y hecho en los talleres gráfcicos
del Instituto Andino de Artes Populares
del Convenio Andrés Bello
Dirección: Diego de Atienza y Av. América
Apartados Postales: 17-07-9184 / 17-01-555
Telfs: 553684 - 554908
Fax : 593.2.563096
Quito - Ecuador**

**El contenido de los artículos que se
hallan publicados son de exclusiva
responsabilidad de los autores**

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

**LA GENEALOGÍA PARA UN CRISTIANO
DEL SIGLO XX**

Monseñor Alberto Luna Tobar

EL CENSO DE AZOGUES DE 1871

Eugenio Cabrera Merchán

CABILDO, JUSTICIA Y REGIMIENTO

Christian Caicedo de la Serna

**BURGUESES Y PROFESIONALES EN
AZOGUES A PRINCIPIOS DE SIGLO**

Rosaura García de Pólit

CAÑAR: UNA SOCIEDAD JUDAICA

Enrique Noboa Arízaga

**EL ANTIGUO CAÑAR VISTO DESDE
LOS DOCUMENTOS COLONIALES Y
REPUBLICANOS DE QUITO 1548-1875**

Fernando Jurado Noboa

LA GENEALOGÍA PARA UN CRISTIANO DEL SIGLO XX

**FR. Luis Alberto Luna Ibbar, Ocd
Arzobispo de Cuenca, agosto 1991**

Todo lo humano tiene su génesis y más aun cuanto se refiere, o relaciona con nuestra fe; por ello y más allá de las actitudes favorables o contrarias a la investigación y especialmente al apasionamiento genealógico y sobre todo al prurito social de la búsqueda de ancestros, no podemos negar que nuestra misma fe nos conduce a las raíces y que es preciso, como lo aseguró oportunamente Juan XXIII, cuando anunció la convocatoria del Concilio Vaticano II, que se debe regresar a las fuentes y que ese retorno vivido, no es un conservador retroceso social o intelectual, sino por el contrario un imprescindible reencuentro de lo personal y una afirmación de lo sustancialmente válido.

Cualquier creyente sabe que su fe se alimenta del agua pura de fuente original: el auténtico hontanar y que esa fuente es una sola, las Sagradas Escrituras. Tanto el fondo revelado en el Antiguo testamento, como la revelación de la Alianza Nueva, la Buena Nueva testamentaria, implican en sí mismos, como documentación de un pueblo que ha caminado y sigue peregrinando en la verdad y hacia ella, un vivir en los orígenes, un regresar al vientre materno, al "agua de fuente" de la creencia, a la palabra, que es fontanal. Vivimos en todo el proceso de la fe, en lo personal, una animación del Génesis y significamos en cuanto comunidad creyente, que ama y peregrina, una constante búsqueda del "camino, verdad y vida".

En esa animación y búsqueda descubrimos, a través de lo que los siglos nos han dejado en los escritos escriturísticos de exégetas y teólogos bíblicos, tanto en el estudio del Antiguo Testamento, como en las lubricaciones teológicas derivadas del Nuevo, dos posiciones de interpretación de la genealogía; la primera y más antigua, es fundamentalmente historiógrafo*: busca las raíces del pueblo, etnias, comunidades, La segunda va hacia la ubicación en el tiempo y en la tierra predestinada de la figura del Salvador. A su llegada, la genealogía se entremezcla en las dos posiciones, porque el hombre se empeña en relacionar a Dios con la historia y es evidente que con Cristo, con su encarnación, comienza, la historia de la salvadora humanización divina.

Si así comienza una historia, también así fracasa una genealogía, porque en Jesús las pruebas de transmisión histórica de la vida, no concuerdan con las que se utilizan en todos los casos especiales en los que la Biblia, Antiguo y Nuevo Testamento, pretende comprobar cómo se fue manifestando en momentos y personas, sin vacíos o lagunas temporales, la providencia histórica que realizó nuestra redención. Es algo parecido el caso a la generación de Melquisedec, de cuya inmensa y grandiosa humanidad se necesita socialmente para acreditar históricamente el sacerdocio de ese entonces, sin que para ello haya aportado nada el origen biológico, genésico, étnico que, amén de desconocido, era por muchas razones poco afín a la historia del pueblo en el que se manifestó tan extraordinariamente la misión sacerdotal.

Por este contradictorio juego de realidades, entre lo que el relato dice por información de sucesos y.

personajes y lo que las genealogías podían informar sobre generaciones y peculiaridades o calores propios de ellas, la Biblia nos ofrece de modo interesantísimo algunas pruebas de ejercicio genealógico, para demostrar el significado válido, en lo social y personal, del conocimiento de los orígenes de los individuos y comunidades que "en esta generación" o de "generación en generación", viven y transmiten la comunicación histórica entre Dios y el hombre. Y así hemos llegado al significado de lo genealógico con la fe,

Un documento último de la Congregación para la defensa de la fe, firmado en Roma por el cardenal Ratzinger, en relación con el quehacer teológico y la vocación eclesial del teólogo, 24 de mayo de 1990, parte de un capítulo radical -de raíz o fuente- se titula "la verdad, don de Dios a su pueblo" y fundamenta antropológicamente el contenido de nuestra fe y el proceso personal y social de mantenimiento de su originalidad y de su evolución homogénea a través de los siglos y de las culturas.

En Jesús, el Cristo, Dios y Hombre, palabra hecha carne, la unión de las dos naturalezas en una sola historia, ubica todo el objeto formal de la fe de los que lé seguimos, de los cristianos, dentro de un proceso secular de convivencia y de revelación; convivimos la verdad histórica de su nacimiento, muerte y resurrección y revelamos su encarnación, su compasión y su triunfo, su Reino.

En este ministerio cristiano de convivencia de la historia de Cristo en cada bautizado, resulta imprescindible tener conciencia de nuestro origen, saber nuestra genealogía humana y sobrenatural,

para poder legitimar nuestra condición de hijos, de hermanos, de miembros del pueblo que camina, de componentes del Reino, que está en la mente del padre y se acerca o realmente está ya entre nosotros, como Cristo lo señaló.

Saber quién soy desde mi origen fontanal y bautismal aun anterior al bautizo de agua o sacramental, en el sacramento amoroso de la concepción que da vida y con la vida hace posible nuestra sobrenaturalidad, es un compromiso de fe y una exigencia de amor que debo aceptarlos y cumplirlos en todo momento, pero que, de acuerdo con típicas exigencias de la historia, es más exigente y necesario en los días de conflicto, de crisis, de soledad y de solidaridad.

No es difícil aceptar que esos días son los nuestros, los que nos acercan a una nueva cultura que viene, que sobreviene, que nos aprisiona antes de llegar, que nos ahoga antes de acercarse y nos turba aun sin conocerla. A punto de comenzar el siglo XX, el cristianismo está más obligado que nunca a regresar a sus orígenes para emprender una nueva aventura de fe, para asumir el mandato de anunciar. En este punto insiste el actual Pontífice, animándonos a preparar el encuentro episcopal de Santo Domingo, dentro de un año, cuando se conmemoren quinientos años de un suceso y otros tantos de una presencia nueva en la historia que queremos llamar nuestra y que para hacerlo con dignidad y señorío cristiano, tenemos que probar que nos pertenece, que es sangre de nuestra sangre, que es cuerpo originado en vientres aborígenes, en los que la ingenuidad vernácula fue santiguada por la pureza de un Cristo movido en las aventureras

mentes y manos de conquistadores y evangelistas.

La genealogía resulta un testigo verídico de nuestra fe. Por los cauces de sangre por ella descubiertos, circula la historia entremezclada con la fe y como la fe es una condensación de anuncio histórico con presencia trascendente, por el cauce de sangre nos viene el aliento de vida divina y se va la esperanza de la humanidad que camina, que sabe de dónde viene y a dónde va, de qué fuente brotó y hacia qué ocaso se dirige.

En este proceso entre venas y antiguas y aliento de aires nuevos, la historia de cada cristiano, persona o comunidad, reconfirma la autenticidad de hijo y de hermano y es en este punto en donde tiene explicación el tema que hemos pretendido explanar en estas líneas. Todas las genealogías bíblicas, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, pretenden probar la presencia histórica del hijo de Dios, que es también hijo del hombre. En la relación de ambas filiaciones está el sentido profundo de la solidaridad comunitaria, que radica en la fraternidad y le da a ella la conciencia de filiación, por la que históricamente se llega a la solidaridad y a la coherencia de lo que divina y humanamente nos pertenece en Cristo, argumento fundamental de nuestra fe.

Considero que estas cortas expresiones pueden ayudar a acercarse al verdadero sentido de la relación que media entre genealogía y autenticidad cristiana, en un momento conflictivo, en el que los valores han perdido cuna y las esperanzas tratan de ser cada día más auténticas.

La herencia de un Dios de la vida, transmitida de generación en generación, cómo don que nos hace partícipes de la gracia creadora y nos incita a mantener la vigencia de ella, por cima de idolatrías asesinas y de pasiones enterradoras, es la primera consecuencia cristiana de esta conciencia genealógica, que debe acompañar a toda historia. Hay simiente de Dios, "semen Verbi", en cada uno de nosotros y esta seguridad de ser portadores de valores tan vivos como trascendentes, no solamente vigoriza el honor personal, sino que también fundamenta y enriquece lo comunitario y origina la realidad de lo solidario. El peso que en la actualidad, la doctrina social de la Iglesia concede a la solidaridad interna e internacional, es una consecuencia lógica de originarse en un génesis universal.

El Dios de la vida se revela en la unidad heredada de lo inteligente. Esa unidad reclama diálogo y el **Idiálogo** unifica ubicaciones en todos los órdenes de la convivencia y el desarrollo. No es nada extraño el reconocimiento científico de todo tiempo y en todo orden de investigación, sobre la primacía de la comunicación, en cuanto fundamento de la asociación científica y en cuanto ella es posible por la natural energía de la inteligencia hacia la formación de una concepción igualitaria y consolidadora de la verdad, de la cual procede la unidad social y el equilibrio socio-económico y político. Herencia de buen sentir, claro expresarse, simplicidad de términos, se siente en todo proceso histórico positivo de desarrollo.

Pesa en el desarrollo de las personas y de los pueblos, con la apertura heredada a la vida y a la

inteligencia, la energía de la hospitalidad, de la generosidad en todos sus niveles, del sentido paritario de los derechos respetados y defendidos, de todo aquello que realiza la unificación de las familias y de las comunidades en un afecto sólido, que enalteciendo la normal exigencia sensible de lo sentimental, profundiza en nuestras reacciones personales y sociales el deber de "amarnos como El nos amó". No cabe duda alguna que la capacidad de amar se hereda y que, en el análisis de esta verdad individual y social, también se descubren todos los vicios del egoísmo y soberbia que, por heredados, son más difícilmente superables y más efectivamente dañinos.

Podrían multiplicarse con facilidad las consideraciones, relacionadas con todos los órdenes de la realidad humana y comunitaria, en los que encontraríamos una relación muy directa entre conducta humana y herencia y por allí veríamos a toda luz el influjo indiscutido de la genealogía en la historia. Si queremos vivir cristianamente el deber de reconocer en la historia el camino de Dios para un encuentro con el hombre, acerquémonos con respeto a los orígenes de la vida en cada persona y pueblo y sabremos por su genealogía buena parte de los pasos de Dios en su camino humano.